

**BÁRBARA MUJICA<sup>1</sup>**

**HERMANA TERESA<sup>2</sup>**

**A**cabábamos de escaparnos de Sevilla y nos dirigíamos hacia el norte a través de las montañas. Lluvias torrenciales hacían las carreteras casi intransitables. Aun así, prefería el rechinar del raquíutico carruaje a Sevilla.

Teresa dormitaba inquieta. Yo intentaba concentrarme en su respiración difícil, pero las imágenes terribles de Sevilla me llenaban la cabeza y tapaban su irregular respiración. En mi cabeza los podía ver, una fila de túnicas negras: el inquisidor, el secretario, y el notario. El inquisidor lanzaba las preguntas, mientras que el secretario tomaba meticulosas notas, pidiéndome de rato en rato que repitiera mis palabras más despacio para poder apuntarlo todo. Yo no podía escucharlos. Era una imagen muda, pero a veces el silencio puede ser ensordecedor.

No era un juicio formal, dijeron, solo una interrogación. Una por una nos llevaron a un oscuro y mohoso cuarto iluminado por velas colocadas en intervalos regulares a lo largo de una mesa. Una antorcha en una de las esquinas del cuarto derramaba una misteriosa luz que se reflejaba en las caras de los hombres de túnicas negras, transformándolos en figuras macabras. Nos preguntaban sobre... bueno, no sé lo

<sup>1</sup> Profesora de literatura española en la Universidad de Georgetown (Washington, D.C.), escritora, ensayista y crítica literaria. Adicionalmente a sus publicaciones académicas, sus últimas obras de ficción son: *I Am Venus* (2013), *Sister Teresa* (2007) y *Frida* (2001). <http://www.barbaramujica.com/home.html>

<sup>2</sup> Anticipo de la novela homónima cuya versión en castellano es de Mónica Vallín e Inés Corujo Martín en colaboración con la autora.

que les preguntaban a las otras, pero a mí me preguntaban acerca de mis padres, cuándo había muerto mi padre, si había libros en nuestra casa o no. Afortunadamente, nosotros no teníamos libros. Si tenías libros, podías ser judío. Los judíos tienen fama de que les gusta leer, entonces los libros en la casa incriminan. No vale la pena mentir a los inquisidores. Tienen técnicas para descubrir lo que quieren saber.

Me preguntaron cuántas veces nos habíamos mudado cuando era pequeña, pero no recuerdo ninguna mudanza. Después de la muerte de mi padre, mi madre y yo nos fuimos a vivir con mi tía, pero era demasiado pequeña para poder recordarlo. De todos modos, solo nos mudamos de un lado de la calle a la otra. Nosotros no habíamos venido a Ávila de una ciudad distante. Eso fue un golpe de suerte también, porque si te mudabas mucho, especialmente si viajabas a áreas con una gran población conversa o venías de una, estabas bajo sospecha. Eso era lógico. Los inquisidores siempre pensaban de una manera extremadamente lógica. Si vivías entre herejes, podías estar contaminado. Si te mudabas a un lugar donde vivían conversos, podía ser para juntarte con tus parientes judaizantes, y si te marchabas de tal lugar, podía ser para evitar a las autoridades. Los conversos eran cristianos de origen judío, y algunos de ellos practicaban su antigua religión en secreto. Eso era lo que los inquisidores estaban intentando averiguar: si en realidad eras un buen católico. Cuando me preguntaron si mi madre barría la acera los viernes, les dije que lo hacía los miércoles y los sábados. Los judíos limpian los viernes para prepararse para el sábado, su día sagrado.

No hace mucho, una mujer llamada Isabel de la Cruz había sido condenada como hereje. Había sido una monja como nosotras. Los inquisidores nos advirtieron que tuviéramos cuidado y dijéramos la verdad para no terminar como ella. Isabel había tenido visiones de Nuestra Señora, solo que los inquisidores dijeron que no venían de Dios, sino que eran causadas por ayunar durante varios días. Decían que no eran visiones auténticas, sino alucinaciones, producto de la falta de comida y del orgullo. El orgullo porque ella quería ser conocida como santa. Al fin y al cabo, lo que pretendía era ocultar sus asquerosas raíces judías, dijeron. Lo que les llamó la atención a las hermanas era que nunca comía puerco, ni siquiera durante las navidades. Una de las monjas del convento la denunció.

Me pregunto qué se sentiría estar atado a un poste y ver la antorcha acercarse en las manos de los verdugos, sentir cómo las ar-

dientes llamas rozan los dedos de tus pies, te queman los tobillos, te incineran las rodillas. Uno puede pasar el dedo rápidamente a través de la llama de una vela y no sentir nada, pero si se lo deja ahí, el dolor se vuelve insoportable. ¿Cuánto tiempo podría uno aguantar? ¿Llegaría uno a sentir el olor de la propia piel quemándose? ¿Cómo de rápido moriría? ¿Estaría uno inconsciente en el momento en que las llamas del fuego le alcanzaran el pecho? ¿Habría una explosiva conflagración que aliviara el sufrimiento? Pobre Isabel de la Cruz. Todos decían que se lo merecía. Pero yo rezo por ella, rezo para que se haya arrepentido antes de su muerte, para que no se esté quemando en el infierno para siempre.

Apreté bien los ojos para intentar bloquear esas terribles imágenes, pero en mi cabeza todavía podía ver al inquisidor. Sentía sus preguntas inaudibles vibrar en mi cráneo. Me debo de estar volviendo loca, pensaba. Tal vez ya estoy loca. Los terribles acontecimientos de Sevilla eran suficientes para desequilibrar a una santa.

El inquisidor me dijo que recitara las primeras oraciones que me enseñó mi madre. Recité el Ave María y el Padre Nuestro. Él quería más. Repetí el Credo. Era importante recitarlo fluidamente, sin ninguna vacilación. Claro, conozco las oraciones perfectamente, sin embargo bajo esa presión uno puede titubear. Si lo haces, piensan que no aprendiste esas oraciones de niño, que las aprendiste años más tarde, y que ahora se te hace difícil recordarlas. Eso puede ser peligroso.

¿Qué hago aquí? Me preguntaba una y otra vez. Podría estar en casa con un buen marido. Me habría casado con Basilio si no fuera por Teresa. Estoy aquí por ella. Me hice monja por Teresa, porque no podía hacer nada más que seguirla. No, tomé los hábitos porque amo a Dios. O... ¿fue por lo que pasó con Basilio? A decir verdad, no estoy segura.

Finalmente, me dejaron ir. Nos dejaron ir a todas. Me preguntaba sobre Teresa, sobre lo que le habrían preguntado y cómo habría contestado sus preguntas. Detrás de esa fachada impávida, ella tiene que haber tenido miedo, porque todo el mundo sabe que su familia es... No, mejor no escribirlo.

Estábamos viajando lentamente, moviéndonos a vuelta de rueda en un carruaje mal tapado que se estremecía cada vez que el viento golpeaba sus costados. Me apreté el chal alrededor de los hombros y metí los pies bajo mi hábito para preservar el calor. Los fríos ven-

tarrones de las tormentas de montaña te pueden dejar helada, aún a principios de verano.

Habíamos partido de buen humor, acompañadas por Fray Julián y el hermano de Teresa, Lorenzo, quien había ganado dinero en Quito y había insistido en contratar un suntuoso coche con elegantes caballos. Teresa se molestó un poco –odiaba la ostentación– pero por fin cedió. “¿Por qué quejarnos de la generosidad de Lorenzo?”, ella me susurró. “*Cuando viene el bien, mételo en tu casa*”. Se sentía un poco mejor de lo normal. Sus dolores de cabeza habían disminuido y se le habían ido los vómitos. Antes de que nos marcháramos de Sevilla yo había molido un poco de carbón para hacer pastillas que le calmaran el estómago.

El calor de Sevilla había sido asfixiante, pero a medida que avanzábamos al norte, las temperaturas se hacían más tolerables. Lorenzo nos encontró hospedaje en una posada cómoda, con camas limpias que no estaban infestadas de pulgas. Un cazador nos dio unos faisanes y un par de conejos a buen precio, y un hortelano nos vendió algunas frutas y vegetales. Le pedimos a la esposa del dueño de la posada que nos preparara una comida con los alimentos que habíamos comprado, ya que, como la mayoría de las posadas, esta solo proveía alojamiento, no comida. Comimos en el jardín –un delicioso banquete de faisán, conejo y verduras, con naranjas, higos y cerezas de postre–. Teresa devoró su carne con gusto.

“Para ser una mujer tan devota”, se burlaba Lorenzo, “¿comes como un tigre!”

“Hermano”, gruñó ella, casi sin levantar la mirada, “cuando rezo, rezo, y cuando como, como”.

Nadie podría imaginarse que acababa de ser interrogada por la Inquisición, pensaba yo. Tiene el don de dejar sus preocupaciones de lado para disfrutar del presente.

Después de la cena conversamos en la sombra. “¿Sabes lo que le pasó a un jesuita que se fue de caza?”, comenzó Teresa. Pequeñas arrugas se formaron en las comisuras de sus ojos. Intentaba, en vano, mantener la seriedad. “Esperaba llevar un par de conejos a casa para la cena. De repente, en medio del bosque, ¡se encontró con un oso enfurecido! El jesuita se lanzó a correr lo más rápido que podía, con el oso persiguiéndolo. Pero de repente llegó a un abismo. No había manera de escapar. Se arrodilló y rezó, ‘Dios mío, por favor pon fe en el alma de esta bestia salvaje.’ Para su sorpresa, el oso se detuvo y

se arrodilló. ‘Ay, gracias, Dios,’ gritó el jesuita. ‘¡Gracias! ¡Gracias!’ Claro, no podía escuchar las palabras del oso, que decía, ‘Oh Señor, por esta comida que estoy a punto de recibir, estoy sinceramente agradecido.’”

A todos nos dio un ataque de risa. Lorenzo adoraba a Teresa. Todos la adorábamos, pero yo la quería más que nadie porque yo era quien mejor la conocía. Era la que la acompañaba día y noche. Era su compañera constante. La había cuidado desde que era prácticamente una niña. Aunque yo era cinco años más joven que ella, era como si yo fuera una hermana mayor. Esa tarde de alegría y de cielos despejados nos ofreció un maravilloso descanso, pero no pudimos reposar por mucho tiempo. Los recuerdos de Sevilla todavía estaban demasiado vivos y amenazantes. Teníamos que irnos. Teníamos que seguir andando.

Lorenzo nos dejó en Malagón, donde tenía unos negocios, y nosotras retomamos el camino con Fray Julián. Ya que las mujeres no podían viajar solas, Fray Julián siempre nos acompañaba. No me importaba. Es tan amable y discreto, como un perro fiel que está a tus pies cerca del fuego, siempre dispuesto a estar a tus órdenes. Dejamos la carroza lujosa que Lorenzo había contratado y nos subimos a un inestable vehículo conducido por una mula que Julián nos había conseguido. La tormenta nos alcanzó justo al caer la noche.

Las ráfagas del viento azotaban las tablillas del carro, cuyas ruedas rechinaban angustiosamente mientras se deslizaban lentamente por el lodo. Fray Julián marchaba al lado de la carreta sobre una mula.

“¡Madre Teresa!”, gritó él a través de la ventana del carro, cubierta por una lona. Estaba inmediatamente a nuestro lado, pero casi no se le escuchaba.

“¡Dormita!”, le dije.

“¿Qué?”

“¡Dormita!”

“No lo hago”, exclamó Teresa seriamente. Sus ojos estaban bien abiertos. “Estoy despierta. Dormitar es para los tontos y para las viejas”.

La miré con una sonrisa burlona. “Claro. Eres como un pollito recién nacido, con el plumaje aun húmedo”.

“¡Uno no es tan viejo a los sesenta y un años! ¿Qué pasa, Julián?”, gritó ella por la ventana.

“¡Tenemos que parar! ¡No podemos continuar!”

“¿Parar? Yo no quiero parar. Quiero llegar a Toledo mañana por la mañana”.

“No hay manera de llegar a Toledo mañana por la mañana. No creo que lleguemos ni por la noche. Tenemos que parar, Madre. El cochero y los caballos están agotados. De todas maneras, casi no estamos avanzando. Las carreteras son traicioneras. Tenemos que encontrar un refugio para pasar la noche. Por lo menos, para que usted pueda descansar. Una posada o algo. El cochero y yo podemos dormir en la carreta”.

Estuvo callada un momento. Pensé que iba a insistir, que estaba encontrando razones por las cuales deberíamos seguir adelante. Ella podía ser así. Testaruda, digo.

Pero en vez de eso, dijo, “Está bien, Julián. ¿Cuán lejos estamos de San Miguel de Pinares?”

“No muy lejos. A un cuarto de hora bajo condiciones normales”

“¿Y bajo las condiciones presentes?”

“No lo sé. Una hora, tal vez. Puede que más. Si es que podemos llegar, lo cual no es seguro. ¿Por qué?”

“Hay un pequeño convento en San Miguel, y conozco a la priora. Nos conocimos donde las hermanas agustinas cuando éramos jóvenes. También hay un convento de hombres un poco más allá. Estoy segura que dejarían que tú y Carlos pasaran la noche”.

Fray Julián debe haberse adelantado con su mula para hablar con el cochero, pero no se podía oír nada porque el viento aullaba tan ferozmente que opacaba el sonido de los cascos de los animales. Un momento más tarde escuchamos sus amortiguados gritos a través de la lona.

“Carlos piensa que podemos llegar, pero nos tardaremos”.

No recuerdo lo que Teresa le contestó. Quizás me quedé dormida, o a lo mejor me distraje y empecé a pensar de nuevo en los inquisidores. Mi siguiente recuerdo es Teresa golpeando la puerta de un convento del tamaño de una choza. Estoy segura que las monjas se habían acostado ya, y yo esperaba que la portera respondiera, pero en vez de ella llegó la Madre Paula a la puerta.

“¡Quienquiera que sea la persona que esté golpeado a mi puerta a estas horas de la noche, más vale que tenga una muy buena explicación!” Gruñó desde adentro. “*Ave María Purísima*”.

“*Sin pecado concebida*. Nos estamos congelando y muriendo de hambre y no podemos seguir nuestro camino”, le gritó Teresa a

manera de respuesta, “¡y esas son muy buenas razones! De todos modos, somos viejas amigas”.

La puerta se abrió lentamente y por el recodo de la puerta apareció una adormilada monja con una cara que parecía una amarillenta pasa redonda. “¡Teresa de Ahumada! ¿Eres tú?”

“Sí, soy yo. Y esta es la hermana Angélica”, dijo ella, haciendo un gesto hacia mí.

“Me acuerdo de Angélica”, dijo. “Solo que su nombre era Pancracia en aquel entonces. Eso fue hace décadas. Eras una cosita fea en aquellos días”, dijo ella, mientras me miraba de arriba abajo.

Flaca hasta los huesos y con los labios finos, estaba acostumbrada a que me llamaran fea. No me molestaba.

“Estamos de camino a Toledo”, dijo Teresa, “pero la tormenta nos sorprendió”.

“Bueno, no te quedes ahí, mujer. Entra, sal del frío. Voy a encender el fuego”.

“¿A esta hora? No, Paula, por favor no te molestes. Lo único que queremos es un lugar para dormir y un poco de pan. Partiremos antes de los Laúdes”.

Pero no partimos. El alba nos encontró recitando Laúdes con la Madre Paula y sus siete hijas espirituales, las únicas residentes de ese rústico convento. Las lluvias torrenciales habían continuado toda la noche y las carreteras estaban bloqueadas. Esperamos que un mensajero viniera con noticias de Carlos y Fray Julián, pero nadie vino. La Madre Paula pensó que probablemente habían encontrado refugio en una pequeñísima comunidad de benedictinos muy cerca del convento.

“¿Qué puedo hacer para ayudar?”, indagó Teresa. ¿Necesitas que se limpien los suelos? ¿Qué se frieguen las ollas? Ya que estamos aquí, deberíamos hacernos útiles.

“Siéntate, Teresa. Descansa”

Teresa solo obedeció la primera orden. Nunca descansaba ni toleraba que nadie más descansara. En vez de hacer lo que la Madre Paula le pedía, se acurrucó en un cojín al lado de la ventana y preparó sus instrumentos para escribir, satisfecha de tener la oportunidad de ocuparse de su correspondencia. Escribe cartas incansablemente, no porque le guste hacerlo –de hecho, lo califica como una forma de martirio– sino porque es un requisito de su trabajo. Desde que comenzó a fundar conventos, no deja la pluma. Hay solicitudes que escribir para obtener licencias, hay apelaciones y quejas que presentar, hay cartas

de agradecimiento que escribir para madres ansiosas que envían dulce de membrillo con la esperanza que aceptemos a sus hijas como novicias. Muchas veces ella escribe hasta muy tarde por la noche o aun la noche entera. “¿Sabes cómo es el infierno, Angélica?”, me dijo ella una vez. “Es una carta interminable que las llamas nunca quemar”.

“Voy a ver si puedo ayudar en la cocina”, dije. Pero ella no contestó. Ya estaba perdida en su escritura.

Me quedé ahí observándola. La lluvia había cesado y unos suaves rayos del sol penetraban por la ventana del salón, cubriendo a Teresa con una luz resplandeciente. Se veía bien a pesar de tener sesenta y un años, de padecer de enfermedades constantes, de sus incesantes viajes, y su hábito marrón. Su piel de tono ligeramente rosado, era lisa y firme. Enmarcada por la toca, su redonda cara parecía aún más circular, pero no había perdido su lozanía. Sus enormes ojos, castaño oscuro, casi negro, brillaban como los de una niña. Su pequeña nariz, que parecía tener un gancho en la punta, enmarcaba orgullosamente su cara, que estaba adornada con tres pequeñas verrugas –una debajo de la nariz y las otras dos encima del lado izquierdo de su boca–. En nuestra juventud se consideraban adornos naturales, símbolos de belleza que las mujeres sencillas como yo idolatrábamos. Sus manos, que tenían la reputación de ser las más codiciadas de Ávila, se movían con la elegancia de una paloma. Bajé la vista y observé mis propias manos, llenas de callos y quemadas de tanto ablandar la corteza de los árboles, de mezclar químicos, y lavar frascos de boticario. No había nada “angelical” en mí además de mi nombre. Me di la vuelta para irme, en camino hacia la cocina. En un convento siempre hay trabajo para hacer –quitarle las piedritas a las lentejas, chícharos que pelar, ollas que fregar, fuego que cuidar, y claro está, remendar y cocer–. Trabajo que está al nivel de una huérfana como yo, humilde y sencilla. De repente y sin ninguna explicación, empecé a llorar.

Esa tarde, la Madre Paula nos recibió en su cuarto durante el *recreo*, la hora de ocio en la que nos hubiéramos sentado debajo de un árbol a conversar y bordar si la tierra hubiera estado seca.

“Entonces...”, dijo ella cautelosamente. “¿Qué novedades traéis de Sevilla?”

Seguro que sabía que algo estaba pasando. Teresa era una celebridad, y la gente estaba interesada en ella. Las noticias viajaban despacio, pero viajaban.



“Demasiados curas”. Teresa miró firmemente a su amiga, como si la estuviera desafiando.

La Madre Paula la miró con el ceño fruncido. “¿Demasiados curas?”, dijo finalmente. “Tenemos suerte si logramos que un benedictino enclenque venga de vez en cuando para escuchar nuestras confesiones”.

“Los curas son como el excremento”, Teresa dijo fijamente. “Tienes que esparcirlos por todas partes para que den resultado. Si juntas demasiados comienzan a apestar”.

La Madre Paula se quedó mirándola fijamente, pero de repente soltó una carcajada y comenzó a reírse. “Así es”, dijo ella, limpiándose los ojos con una de las mangas de su hábito. “Ay, Teresa, Teresita... todavía tan rebelde. No has cambiado para nada. Debes de estar agotada con todos tus viajes. Hay un poco de horchata que guardo para ocasiones especiales”.

“¿Horchata?” Se sentó ahí contemplando el ofrecimiento. “¿Hay agua?”

“Aquí el agua del pozo está contaminada”, contestó la Madre Paula, “pero la Hermana Mercedes recolectó agua de lluvia en unos recipientes esta mañana”.

“Entonces tráenos agua de lluvia”, dijo Teresa, con un tono demasiado señorial.

La Madre Paula se hizo la que no había escuchado. “No os preocupéis”, dijo ella. “Tengo algo mejor”.

Desapareció para regresar un momento después con una pequeña bolsa que abrió sobre la mesa. Unos granos oscuros que parecían almendras rodaron sobre la áspera madera. La Madre Paula los atrapó con las puntas de sus dedos, y los amontonó. Los tocó suavemente, con cariño, como si fueran preciosas joyas. Era muy claro que los apreciaba, pero a mí me daba la impresión que eran grano de algo.

“¿Qué es eso?”, preguntó Teresa.

“¡Chocolate!”

“Chocolate... He escuchado hablar de él”.

“Mi hermano me lo envió de México. Está allí exportando chocolate y haciéndose rico. Los franceses están locos por el chocolate”.

Me puedo imaginar que sea verdad. Desde que Cortés trajo granos del cacao de México a finales de la década de 1520, el chocolate se convirtió en un producto de moda entre las señoras adineradas.

Había escuchado de ello cuando había ido a visitar a las amigas arisocráticas de Teresa, pero nunca lo había visto.

“Pensé...”, murmuré.

“¿Sí, Angélica?”, dijo Teresa. “¡Dilo!”

“Pensé que se bebía”. No podía imaginarme cómo se convertían los granos en líquido. ¿Se tenían que hervir en agua para tomar el jugo?

“Sí”, dijo la Madre Paula. “Se bebe. Pero primero se tienen que moler los granos. ¿Entiendes? Mira, te enseño”.

Comenzó a machacar los granos con un mortero. “Mira”, decía, “esa sustancia cremosa es la mantequilla del cacao. La mezcla de los granos molidos y la mantequilla crea un licor de chocolate que puedes dejar que se solidifique en cubos para usar más tarde. Mira, los voy a dejar al lado para que se endurezcan. Aquí tienes unas tabletas que hice el otro día, listas para hervir. Lo verás, voy a preparar algo delicioso para tomar. Aunque se va a tardar un poco.

Estaba fascinada. El chocolate emitía una hechizante aroma como nada que hubiera olido antes. Era embriagador. ¿A qué me recordaba? ¿A canela? ¿A clavos? ¿A flor de azahar?

“No lo sé”, dijo Teresa. “No me interesan las pociones de los ricos. Como digo, agua, agua limpia es suficiente para mí”.

“Entonces vete afuera y bébete el agua de los charcos”, gruñó la Madre Paula. “Dime, Teresa. No me digas que no tienes curiosidad”.

“He escuchado que los padres de la iglesia quieren prohibir ese brebaje. Dicen que tiene cualidades diabólicas. Que te genera pensamientos impuros”.

“No estos granos de cacao”, dijo la Madre Paula con toda la seguridad. “Estos granos de cacao fueron tratado por monjes en la Nueva España”.

“Bueno”, dijo Teresa, “supongo que no hace daño probarlo. Todavía no ha sido prohibido. De todas maneras, con los luteranos apoderándose de medio mundo, Dios tiene preocupaciones más importantes que qué están bebiendo tres monjas tontas durante su *recreo*”.

Cuando estuvo listo el chocolate, la Madre Paula lo vertió en unos tazones de madera. Nos sentamos encima de unos cojines, mientras que nuestras manos agarraban los tazones. La Madre Paula extendió sus piernas enfrente de ella, y recostó su espalda en la pared y

cerró sus ojos. “Me siento traviesa”, dijo ella con una voz fantasiosa. Era una mujer que tenía casi setenta años, blanda y blanca, con una frente tan arrugada como un pañuelo fruncido.

“¿Cree que estamos cometiendo un pecado, Madre?”, pregunté ansiosamente.

“Claro que no, hija”, dijo la Madre Paula. “Estoy segura de que el Cielo está repleto de chocolate. De hecho, es probable que en vez de éter, el Cielo esté hecho de chocolate”.

Era absurdo que la Madre Paula me llamara “hija”. Yo era una mujer de cincuenta y seis años.

“¿Y si lo prohíben?”

“Entonces ya no lo tomaremos más”, dijo Teresa a punto de reírse. “¿De qué sirve preocuparse de eso ahora, Angélica? Es como si te limpiaras antes de cagar”.

Teresa tomaba el chocolate en pequeños y deliberados sorbos. “Nunca dejaré que tomen chocolate en *mis* conventos”, murmuró. Respiraba profundamente, degustando el aroma, y luego cerraba los ojos, como cuando estaba en éxtasis –solo que esta vez no parecía que estuviese en comunión con Dios–. “Espera”, dijo ella bruscamente. “Yo tengo hermanos en las colonias también. Lorenzo ha regresado de Ecuador y me trajo algo. Tú no eres la única con contrabando debajo de tu almohada, Paula”.

Ahora fue Teresa la que desapareció. Regresó con una bolsa de tela que contenía algo que tenía un olor dulce. “¡Apuesto a que nunca habéis visto esto antes!” Abrió el paquete.

“Parece como si fuera una machacada hoja color café. ¿Se come?”, preguntó Paula.

“Ni siquiera el Duque de Alba sabe de esto”, dijo Teresa, “pero mi hermano Lorenzo dice que los indios gustan mucho de ello”.

Juntó un poco de la sustancia café y la enrolló dentro de un tubo. Colocó una de las puntas en su boca y la encendió con una vela. Luego respiró profundamente. Por un momento pareció extremadamente serena, después completamente traviesa. Un rico y fuerte olor invadió el cuarto.

“¿Qué es?”, pregunté.

“Se llama tabaco. Lorenzo dice que tiene cualidades medicinales. Los indios los usan para curar heridas y remediar dolores de cabeza. Lo enrollan en un tubo, como este, y lo fuman durante celebraciones. Lorenzo dice que en el Nuevo Mundo a los santos padres

de Nuestra Santa Madre Iglesia les gusta mucho. Lo ponen en pipas, y se lo fuman”.

“¿Y las santas madres?”, pregunté.

“Y ahora se ha comenzado a cultivar por todo nuestro mundo cristiano”, continuó Teresa. “Aquí también. Hay un doctor, Nicolás Monardes, que dice que esta hierba cura un montón de enfermedades. Lorenzo pensó que tal vez sería bueno para mis migrañas. Enrolló unos trocitos de tabaco para la Madre Paula y para mí, y las tres nos sentamos ahí en una especie de delirio, saboreando el chocolate y fumando los tubos cobrizos.

La bebida era amarga y el humo me quemaba la garganta, pero era la primera vez que me sentí en paz –relativamente en paz– desde que dejamos Sevilla. Cerré los ojos e intenté pensar en Dios, en el sacrificio de Cristo en la cruz. Pero mi mente solo se podía enfocar en mis propios sacrificios. ¿Por qué estoy aquí, en este convento remoto? ¿Por qué me tuve que enfrentar a los inquisidores en Sevilla? Es su culpa que haya dejado Ávila, pensé. ¿Por qué la sigo? ¿Por qué? Como si hubiera tenido opción.

Eran la hora de las vísperas. Nos reunimos en una capilla minúscula –la Madre Paula, sus siete hijas espirituales, Teresa, y yo–. Nuestras voces flotaban hacia Dios a través del techo del convento. Hacia arriba como ángeles, volando, transparentes, por el fresco aire recién lavado por la lluvia; el aire de la noche. Pronto las brillantes estrellas se materializarían, rodeando la tierra, transformando el cielo nocturno en terciopelo bordado de diamantes. *Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus in Deo salvatore meo...*

Ahora el minúsculo convento estaba callado, había tanto silencio que se podía escuchar los insectos arrastrándose por el borde de la ventana. Las hermanas se habían retirado, agotadas de la limpieza de los escombros –ramas, arbustos desarraigados, hasta un aplastado comedero para pájaros– la tormenta había tirado todo en su jardín. Las aguas torrenciales se habían llevado muchos de sus cultivos y la entrada de la casa estaba desordenada. La limpieza y el orden tras la tormenta, aunadas con las labores cotidianas de hilar, remendar, recolectar frutas y verduras, pelar, cocinar y cuidar las ancianas entre ellas, habían hecho el día extremadamente agotador. Y después tenían que rezar por el Papa, los cardenales, los obispos, los inquisidores, los provinciales, los santos padres, sus hermanas en la fe, sus familias,

sus patrocinadores, los indios que no se habían convertido, y esos malévolos luteranos que estaban poniendo el mundo patas para arriba. Solo Teresa estaba despierta. Y yo.

Teresa encendió una vela y ruidosamente atravesó el pasillo hacia la capilla. La seguí y, escondida entre las sombras, la vi arrodillarse frente al crucifijo. La cara de Jesús estaba iluminada por un fragmento de la luna, misteriosa, fuera de este mundo, e imposible de describir. En la penumbra, el oscuro hábito marrón de Teresa perdió su austeridad, y su elevado rostro, iluminado por una vela, parecía casi brillar. Sus ojos estaban pegados a la imagen de Nuestro Señor, que parecía temblar al darse cuenta que estaba ella ante su presencia. Absorbida en sus oraciones, no escuchó que tosí suavemente. Parecía estar sumergida en serenidad, transportada a otra dimensión. “Dios mío”, me dije a mí misma. “¡Cómo la quiero!” Permaneció ahí por un buen tiempo –no sé cuánto–. En éxtasis. Inmóvil. Radiante. Aguanté la respiración. Me sentía como si estuviera ante la presencia de una Virgen.

“Es una santa”, susurré. “Realmente es lo que la gente dice que es. Una Santa”.

Andando de puntillas regresé a mi cuarto y me arrodillé ante mi catre. “Padre”, respiré, “dime qué debo hacer con esta bendición”.

Ese momento fue cuando me di cuenta de que tenía que hacer lo posible para mantener su memoria viva después de su muerte. Yo era la que más la quería. Yo era la que mejor la conocía. Pero no podía confiar en mi memoria porque era inconstante. Seguramente sería beatificada, luego canonizada. Yo sería llamada para testificar. Lo tenía que escribir –todo lo que recordaba de ella, todo lo que le había ocurrido–. Tenía que escribir un testimonio personal. ¿Y qué pasaría si muriera antes de poder testificar? No importa. Mi testimonio hablaría por mí.

No soy una persona instruida. No sé latín. Soy una mujer sencilla, hija de una costurera y escribo de la forma que hablo. Pero conozco a Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada de toda la vida, y contaré su historia como la sé yo.

*Hermana Angélica del Sagrado Corazón*  
15 de junio de 1576